

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO I

TEGUIGALPA: 15 DE MAYO DE 1902

NUM. 20.

Walt Whitman

ACABO de leer un áspero canto del formidable Walt Whitman, y ha quedado mi espíritu estremecido de asombro.

Paréceme que he cruzado una selva sonora, poblada de voces profundas y de flamígeros relámpagos. Una selva milenaria, de extraños árboles pétreos, en cuyos ramajes inmóviles cantaran mil pájaros de gargantas de bronce un himno estupendo de amor y de fuerza.

Hay un soplo grandioso en los férreos versos de este gigante de alma de niño, y un verbo incendiado agita su frase resonante, que hiende como un hacha ó acaricia como un rayo de luna.

Es el poeta de barbas argentadas y amplia frente rugosa, que apostrofa á las viejas montañas y á las bestias hírsutas con su lenguaje primitivo y fuerte, que antes que por el hombre contemporáneo pudiera mejor ser comprendido por el león de melenas desgreñadas. Su voz bronca canta á la naturaleza potente: al brillante sol, al fecundo hálito, al amor poderoso. Canta todas las energías y todos los vuelos audaces, y desde la cima poblada de águilas negras y de agudos granitos; desde la altura en que su figura bíblica se impone extrañamente, descendiéndola hasta la suave campiña de amarillos follajes, donde sus versos, húmedos de lágrimas piadosas, salen de su boca como flores. . .

No en el ingrato corazón de los hombres, sino sobre las rocas que coronan las cumbres, ó sobre la dura corteza de las encinas, podrían grabarse sus versos—como flores de piedra en el pórtico de una basílica fastuosa—para que así se conservara en el seno de la naturaleza la expresión del alma inmortal que supo comprenderla y amarla formidablemente.

Esos versos, fuertes como armaduras, suaves como pétalos, flexibles y luminosos como espadas, y sonoros como campanas florentinas, llevan dentro de sí toda la ruda fuerza de las razas primitivas y toda la grandeza de espíritu y de pensamiento de los profetas de lenguas llamantes.

FROILAN TURCIOS

El fantasma

Blancas y finas, y en el manto apenas visibles, y con aire de azucenas, las manos—que no rompen mis cadenas.

Azules y con oro enarenados, como las noches limpias de rublados, los ojos—que contemplan mis pecados.

Como albo pecho de paloma el cuello; y como orin de sol barba y cabello; y como plata el pie descalzo y bello.

Dulce y triste la faz; la veste zarca... Así, del sual sobre la inmensa charca, Jesús vino á mi unción, como á la barca.

Y brillantó á mi espíritu la cumbre con fugaz cuanto rica certidumbre, como con tintas de refleja lumbre.

Y suele retornar y me reintegra la fe que salva y la ilusión que alegra;— y un relámpago enciende mi alma negra.

SALVADOR DIAZ MIRÓN

Cárcel de Veracruz:

el 14 de diciembre de 1895.

Las Princesas

Traducción de José Juan Tablada

MEDEA

Medea, la heroína que allienta un amor rudo, canta con el mar negro y el río que delira, y en el astro que flota sobre sus ondas, mira el reflejo albeante de su cuerpo desnudo.

Pálida encantadora, cerca del Phasio mudo canta, y la vespertina ráfaga que suspira, uniéndose á sus versos con un rumor de lira, sus cabellos en crechas doradas desanuda.

Sus miradas ardientes, en el profundo cielo clavándose, discernen ensangrentado velo... Luego arranca en la falda de la montaña bruna

Las plantas que recelan el trágico veneno, mientras que luminoso brilla su erecto seno como un pulido mármol al rayo de la luna!

CLEOPATRA

Llora el río en la calma de la noche encendida, floran eternamente los rumores del Nilo, y los dioses eternos del alto peristilo, y las negras esfinges de la negra avenida.

La luna sobre un mágico matiz crisoberilo de nébulas, empapa con luz desvanecida á Cleopatra desnuda, vencedora y dormida sobre un extraño lecho que finge un cocodrilo.

Y mientras que dormita—maldición y tesoro del mundo—un dios de jaspe con cabeza de toro se inclina; y ve su seno donde la luz se posa;

Su seno en que los fuegos—rutilantes abrojos—chispean inflamaudo su brasa azul y rosa.... y al ídolo de jaspe se le quemán los ojos!

MESALINA

Ardiente, arrebatada por su pasión constante, Mesalina, que nunca su fiebre desaltera, prendida en las espaldas la piel de la pantera, ¡vendimia celebra con su joven amante.

Estrecha con sus brazos de nieve, delirante, á Silyus, y le dice: "Sin misterio quisiera besar tu pie y que toda la humanidad lo viera... Y del lagar el vino se escapa desbordante!

Y al fin el coro danza, y al ritmo de la lira estruja la bacante, que trema y que delira, los pámpanos purpúreos, y en locos embelesos,

Con labios donde sangran las uvas exprimidas, el rostro del efebo macula con sus besos y dejan sus caricias señales de mordidas.

THÉODORE DE BANVILLE

El nido de águilas

EDRGARD era el nombre de una pequeña aldea de Noruega, encerrada, solitaria, entre enormes murallas de roca. La planicie igual y fértil, sobre la cual había sido construida, estaba dividida por un ancho torrente que descendía de la montaña para derramarse en un lago, no lejos de la aldea. Un día había aparecido en ese lago, en una barca, el pri-

mer hombre que se estableció en ese valle. Se llamaba Endre, y los habitantes actuales de la aldea descendían de él. Algunas personas sostenían que, culpable de un asesinato, se había visto obligado á huir á aquella soledad, y que esa era la razón por la cual toda la gente del lugar, descendiente de él, tenía una expresión sombría. Pero otros pensaban que había que atribuir esto á las murallas de roca, tan altas, que en la fiesta de Juan, el día más largo del año, los rayos del sol no podían penetrar en el valle después de las cinco de la tarde.

Arriba de esa aldea, un nido de águilas pendía de la punta más alta de una roca á pique. Todos los años se veía á la hembra, cuando se ponía á incubar, pero nadie había podido aún subir hasta el nido. El macho se cernía á menudo sobre la aldea, y se llevaba de aquí un cordero, de allá una cabrita: una vez se llevó hasta un niño de pocos meses. De manera que los aldeanos llegaron á decirse que nadie estaría seguro mientras las poderosas aves vivieran en su inaccesible nido.

Entre los labriegos circulaba la leyenda de que—muchos años antes—dos hermanos, habitantes de la aldea, habían llegado hasta el nido y lo habían destruido. Pero nadie era ya capaz de renovar la empresa.

Cuando dos personas de la aldea se encontraban, hablaban del nido de águilas y miraban arriba. Se sabía en qué época del año llegaban las aves de rapiña, en qué punto de la comarca habían bajado los nuevos daños que habían hecho, y quién era el hombre atrevido que había perecido al tratar de subir hasta ellas.

Apenas los muchachos de la aldea podían andar, se ejercitaban trepando árboles y escalando rocas, para ser un día capaces de alcanzar el nido y destruirlo, como los dos hermanos lo habían hecho.

En la época de que aquí se trata, el mozo más robusto de la aldea se llamaba Leif. No era un descendiente de Endre: tenía cabellos crespos y ojos pequeños. Era aficionado á los ejercicios físicos y á toda clase de juegos. Desde su más tierna infancia anunciaba que, tarde ó temprano, llegaría hasta el nido de las águilas.

—En verdad, pensaban los viejos, mejor sería que no se jactara tanto.

Pero estas críticas lo excitaban más, y un día, sin esperar la edad del pleno desarrollo de su vigor físico, emprendió la ascensión de la roca del nido.

Era una hermosa mañana y era domingo, á principios de verano: los aguiluchos debían haber nacido muy poco antes. Una gran muchedumbre se había reunido al pie de la roca, al saber la noticia del golpe audaz que intentaba Leif. Los viejos decían: “no;” los jóvenes: “sí.” Mientras tanto Leif, que tenía la costumbre de no escuchar á nadie, sólo esperaba el momento en que la hembra saldría del nido.

Apenas la vió salir, en unos cuantos saltos alcanzó un árbol que crecía á algunos pies sobre el suelo, en una anfractuosidad de la roca, y empezó á servirse de sus ramas para continuar subiendo. Sus pies desprendían piedrecillas...las rocas y la tierra comenzaban á deslizarse...En derredor reinaba un solemne silencio. No se oía más que el retumbar sordo, continuo, que el torrente hacía al arrojarse en el lago.

La pared de roca se volvía mas escarpada, más escarpada aún. De vez en cuando, Leif se quedaba un rato colgado de una mano, buscando con el pie un punto de apoyo que no podía ver.

No pocos espectadores, mujeres principalmente, volvían la cara espantados, diciendo que ese mozo temerario nunca habría intentado semejante locura si sus padres hubieran vivido. Pero Leif encontraba cada vez un nuevo punto de apoyo, y, en seguida, encontraba otro, ya con la mano, ya con el pie. De repente el pie le faltó. Leif se resbaló...Sin embargo, recuperó el equilibrio y reasumió su camino. Las personas que quedaban debajo de él oían su respiración jadeante.

Entonces, una joven alta, que se había mantenido aparte, sentada en una piedra, se levantó. Se llamaba Dagmar, y por su boca se sabía que, todavía muy niña, se había comprometido á casarse con Leif, aunque éste no pertenecía á la familia de la aldea.

Dagmar extendió sus dos manos hacia arriba, y gritó:

—¡Leif!...Leif!...!Por qué haces eso?

Todos se volvieron á su lado. Su padre se le acercó, pero ella no lo reconoció, tan fijadas estaban sus miradas en lo alto de la roca.

—¡Baja, Leif!—continuó suplicante.—¡Hazlo por mí, que te amo! Allá arriba nada tienes que ganar.

Se vió que Leif titubeaba...Se detuvo uno ó dos minutos...y luego siguió rápidamente su ascensión. Sus manos y sus pies parecían adquirir mayor firmeza. Sin embargo estaba visiblemente cansado, pues se detenía más á menudo á tomar aliento.

Una abultada piedra se desprendió debajo de él y rodó con estrépito por la pared de roca, como un siniestro presagio. Todos los que hasta entonces se habían quedado á ver, se dispusieron á alejarse, diciendo que ya no podían soportar por más tiempo semejante espectáculo.

En esos momentos, Leif, con la mano derecha, tanteaba la roca para elevarse más.

Entonces—Dagmar lo vió con claridad completa—su mano se deslizó. Todavía se sujetó fuertemente con la otra, hasta que por fin ésta también se soltó.

—¡Leif!—gritó la joven, con tanta fuerza, que su voz fué á resonar contra la muralla rocosa; y todo el mundo se puso á gritar también.

—¡Se cae!—clamaron todos como con una sola voz.

Caía, efectivamente, arrastrando con él la arena, las piedras, las rocas; caía, caía cada vez más rápidamente. Todos se volvieron á otro lado para no ver nada más; pero oyeron un crujido sordo y después un violento golpe, como el que daría al caer un montón de tierra húmeda.

Cuando por fin tuvieron el valor de mirar, Leif yacía allí, en el suelo, aplastado, mutilado, irreconocible. La joven, al mismo tiempo, había caído desmayada, y su padre se la llevaba.

Los jóvenes que habían incitado á Leif á esa acción temeraria, no osaban tocarlo, ni trataban de auxiliarlo, ni siquiera se atrevían á mirarlo. Los viejos fueron quienes tuvieron que hacerlo todo, y el de más edad dijo, mientras levantaban el cadáver:

—¡Era una idea insensata!... Y luego añadió,—como una advertencia:— Bueno es, de todos modos, que exista algo tan alto que nadie pueda alcanzarlo.

BJOENSTJERNE BJOERNSON

Homenaje Griego

A CARLOS GUIO SPANO

"Its Sybillic splendour is booming
With Hope and in Beauty to-night..."

Poe

I

Cantor de la nevada cabellera
Que miro descendiendo el alto monte,
Hermano espiritual de Anacreonte,
Hacia tí mi canción vuela ligera!

Es tu ocaso el de un sol. En tu carrera
Bajas iluminando el horizonte,
Y persigues— audaz Belerofonte—
El símbolo inmortal de la Quimera.

Tú nos hablas de ritmos y de gloria
En esta edad banal, en que ilusoria
Es la egregia ambición de la hermosura.

Y de tu alma en el sueño peregrino,
Nos indicas el áspero camino
Con las alas abiertas á la altura!

II

El olvido fecunda los laureles;
Es más blanca en la sombra la pureza,
Y se yergue más alto la cabeza
De la gloria en los mágicos dinteles.

Volarán, cual el rayo, tus corteles
Por los campos de luz de la Belleza,
Y será nimbo de oro la tristeza
Sobre todos los mártires Aríeles!

Tu voz—como el clarín anuncia el día—
Nos dará la embriaguez de la Harmonía,
Señalando la cruz en lontananza.

Y al que sufre, al que lucha y al que crea,
Con misteriosa evocación, tu idea
Hablará de ensueño y de esperanza!

LEOPOLDO DIAZ

La bandera salvadoreña

(FRAGMENTO)

Para la Revista Nueva

Flotando en el aire
hermosa y sin mancha,
está la bandera
azul, roja y blanca.

En sus pliegues que el sol acaricia
suenan el viento con música grata;
y luce la enseña,
agitándose altiva en el asta,
cual si fuera una águila
que á los cielos triunfante volara.

A su vista en patriótico fuego
se encienden las almas,
y del tiempo pasado se evocan
las glorias preclaras,
y se alientan sublimes ideas,
y se sueña con fe y esperanza,
y el pueblo gozoso
en un grito de júbilo estalla!

Bajo el palio de luz de la aurora
la bandera triunfal desplegada,
es jirón de este cielo del trópico
que se ciñe soberbio
su corona rojiza de llamas,
y risueño se viste su túnica
esplendente con nubes azules
y apacible con nubes muy blancas.

Cuando suena el clarín de la guerra,
el pendón de la patria
en el campo sangriento tremola
y flamea cual llama,
y es aurora de triunfo y de gloria
el brillo que lanzan
sus estrellas del campo de fuego
en que lucen perennes sin mancha.

En los días de paz y de calma
la bandera cobija amorosa
á su pueblo, y es signo
de ternura, de amor y esperanza.

A su sombra el trabajo florece;
y moviéndose alegre en el aire,
de sus nítidos pliegues derrama
una música dulce que encanta,
cuyas notas el viento produce
y que el himno á la patria acompaña.

R. MAYORG. RIVAS.

(Inédita)

Del pasado

EL triunfo regocijante de las campanas despertó hoy en mi cerebro la nida de mis viejos recuerdos, que se echaron á volar y á dispersarse.—Volví sobre los primeros años de mi vida, no muy lejanos todavía, y, sin embargo, abandonados y perdidos en no sé qué profundidades sin límites.

Y ví en las procesiones lentas de las Semanas Santas de aquellos primeros años de mi infancia, pasar todas aquellas

imágenes que despertaban en mi espíritu alguna sensación dormida.—Y pasó el Cristo martirizado y sombrío, cuya mirada penetrante y melancólica me producía en otro tiempo una vaga sensación de miedo; y pasó después la Madre Dolorosa con sus puñales simbólicos, siguiendo el martirio de su Hijo ensangrentado.

Y pasaban también los rudos Apóstoles del Tiberiades, y la Magdalena con las crenchas ondulantes de su cabellera, y la Verónica con la faz del Cristo en su albo paño, y las caudas violetas de los ministros, y las túnicas de los acólitos, y también las primeras miradas de los primeros amores, que se confundían en mi corazón con las fruiciones de la fe sencilla de mi infancia.

He crecido después, y por desgracia he penetrado muchos misterios que debí ignorar por toda mi vida.—La ciencia descarnada de los libros horroró la pureza de mis creencias inocentes y me hizo dudar del Dios bueno que arrullaba los sueños candorosos de mi edad de niño.—No he podido sentir de nuevo la honda emoción que causaban las ritualidades romanas en el tiempo aquel en que el traje de lino que vestía no era más blanco que las ideas de mi cerebro y los sentimientos de mi corazón; cuando eran todavía el ensueño de mi vida, el éxtasis contemplativo de las aureolas blancas y de las sacras estolas.—No siento ya el temor supersticioso de los martirios sacros, ni me producen hondo sufrimiento los tormentos infinitos de los mártires exangües.

Hoy no me ve nadie con aquellas miradas que hacían palpar mi corazón de niño, ni siento ya las misteriosas sensaciones de un sueño pretendido.—Daría los mejores años de mi vida futura por volver á sentir alguna vez las fruiciones de aquella felicidad candorosa, y porque volvieran á despertar mi espíritu angustiado las sonoras voces del órgano ó los perfumes acres del incienso.

Nunca como ahora me he penetrado de la melancolía infinita de que está impregnada aquella divina página de Pierre Loti:

“Vuelvo á menudo sobre los recuerdos de mi infancia; estoy completamente aborrito con ellos! Me parece que no he te-

nido impresiones, sensaciones, como las experimentadas en aquel tiempo; las menores cosas que veía ó oía tenían para mí, en aquella época, un fondo de profundidad insondable, infinita; eran como imágenes de tiempos pasados, como recuerdos de existencias anteriores, ó más bien como presentimientos del porvenir, de encarnaciones futuras en los países de los ensueños y esperanzas de maravillas de toda especie, que el mundo y la vida me reservaban para más adelante, para cuando creciera, para cuando fuera mayor. Pues bien: ya he crecido, y no he encontrado en mi camino ninguna de todas esas cosas vagamente entrevistas; por el contrario, todo se ha limitado y oscurecido poco á poco á mi alrededor; los recuerdos se han borrado, los anchos horizontes se han ido cerrando lentamente y convirtiéndose en opacas tinieblas. Muy pronto llegará la hora de volver al eterno polvo, y volveré á él sin haber comprendido el misterioso por qué de todas aquellas ilusiones de mi infancia, llevando conmigo el sentimiento de no sé qué patrias jamás encontradas, de no sé qué seres deseados ardientemente y jamás estrechados.....”

Yo también volveré muy pronto al vientre de la tierra que me engendrara, y, más desgraciado que tú, pobre Loti, volveré á ella sin haber deseado nada ardientemente, sin haber tenido un sólo anhelo profundo que me ligara á la amargura inmensa de la vida. Volveré al lecho de la eternidad sin haber sentido las misteriosas fruiciones de la felicidad, y llevándome sólo á la suprema nada el tedioso vacío de mi espíritu.

AUGUSTO C. COELLO

Muertos

En los húmedos bosques, en otoño, al llegar de los fríos, cuando rojas vuelan sobre los musgos y las ramas en torbellinos las marchitas hojas, la niebla al extenderse en el vacío le da al paisaje mustio un tono incierto, y el follaje do huyó la savia ardiente tiene un adiós para el verano muerto,

y un color opaco y triste
como el recuerdo borroso
de lo que fué y ya no existe.

En los antiguos cuartos hay armarios
que en el rincón más íntimo y discreto,
de pasadas locuras y pasiones
guardan, con un aroma de secreto,
viejas cartas de amor, ya desteñidas,
que obligan á evocar tiempos mejores,
y ramilletes negros y marchitos,
que son como cadáveres de flores,
y tienen un olor triste
como el recuerdo borroso
de lo que fué y ya no existe!

Y en las almas amantes, cuando piensan
en perdidos afectos y ternuras,
que de la soledad de ignotos días
no vendrán á endulzar horas futuras,
hay el hondo cansancio que en la lucha
acaba de matar á los heridos,
vago como el color del bosque, mustio
como el olor de los perfumes idos,
y el cansancio aquel es triste
como un recuerdo borroso
de lo que fué y ya no existe!

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

Parsifal

LA leyenda del Santo-Gral empezó á repartirse por el mundo de un modo har- to significativo, á partir del momento en que la dignidad imperial comenzó á ejercerse en un terreno más idealista, al mismo tiempo que el tesoro de los Nibelungos perdía de momento en momento su precio material para ser reemplazado por un objeto de valor más espiritualista. La transformación espiritual del tesoro en el Gral se consuma en la conciencia germánica, y ese Gral debe ser considerado, al menos en el sentido que le atribuyen los poetas alemanes, como el representante ideal y el sucesor del tesoro de los Nibelungos. Este símbolo llega también del Asia, cuna del género humano; Dios lo había otorgado al hombre como el resumen de toda santidad.

La conquista del Gral reemplaza entonces á la lucha por el tesoro de los Nibelungos, del mismo modo que el mundo occidental, en las luchas del alma, terminó por buscar más allá de Roma y el Papa el verdadero lugar de salud en Jerusa- lén, junto á la tumba del Redentor; y no habiendo encontrado allí la paz ansiada

volvió más lejos, hacia el Oriente, las fer- vientes miradas del alma y de la materia para descubrir el santuario virgen de la humanidad; así el Gral volvió desde el profanado Occidente á su inaccesible pa- tria, á la pura y casta tierra natal de los pueblos...

Si; á esta huida lejos del mundo debe su nacimiento y su desarrollo PARSIFAL! ¿Qué hombre, durante toda una vida de alegrías y satisfacciones materiales, puede abismar su mirada en el fondo de este mundo de matanzas y rapiña organizadas y legalizadas por la mentira, la impostu- ra y la hipocresía, sin verse obligado, á veces, á separar de él su vista, estremeci- do de dolor y poseído de disgusto?

RICARDO WAGNER

Mi Ideal

Si como yo te quiero me quisieras,
atracción de mi espíritu, alma mía,
y aun muerto el sol de mi postrero día
fidelidad para mi amor tuvieras,

conmigo, en un idilio compartieras
mis sueños, donde flota la poesía;
mi vino, donde hierve la alegría;
mi hogar, lleno de dichas placenteras.

Dividieras la suerte que me ampara;
mi mesa, reluciente como un ara;
mi lecho, en que la gloria se divisa.

Para cantar, partiéramos el canto;
para llorar, partiéramos el llanto;
para reír, partiéramos la risa.

SALVADOR RUEDA

De El Cancionero

(Traducción de Pérez Bonalde)

Juntos los dos, en trémula barquilla,
y en íntimos coloquios de amistad,
bogábamos, mi bien, una callada
noche serena por el ancho mar.

La isla de los Genios descubrimos
á los rayos del astro nocturnal,
do al compás de fantástica armonía
danzaban las neblinas de la mar.

Y seguían los mágicos acordes,
y danzaban las nieblas más y más
y nosotros pasamos y seguimos
inconsolables por el ancho mar!

ENRIQUE HEINE

Bejo-relieve

AVER encontré, en un sendero del bosque, —donde á veces me gusta soñar con mi pena,— á tres sátiros amigos: uno de ellos llevaba una odre—y sin embargo iba saltando; el segundo sacudía—un garrote de olivo, parodiando á Hércules.— Sobre los árboles desnudos, cuyas copas han sido echadas á tierra por Otoño,— caía el crepúsculo.—El tercer sátiro, sentado en un tronco seco,—acercóse á los labios una rústica flauta—y tanto movió luego los dedos, que hizo salir de ella un sonido ligero é inflado, frenético y agradable.—Entonces sus dos compañeros, dejando á un lado—el primero su odre y el otro su garrote,—bailaron; y yo ví sus pies y piernas torcidas—que, alternando, hacían volar las hojas muertas.

JEAN MOREAS

Á María Arriuillaga

(FRAGMENTO)

No hay voto más seguro que el voto del corazón. Cuando he gozado de tu amable trato, he confirmado los juicios que formé, á la claridad de poética mañana de mayo, en los campos de Ciudad Vieja. Tienes la pureza y los atractivos de MARÍA: tienes la ingenuidad y la dulzura de la Virgen, y tienes los resplandores y los aleteos de un ángel.

No creas que cuanto te digo es producto de frívola galantería.

¿Por qué y para qué? Tú emprendes el camino de la vida; yo voy á rendir la jornada; tú estás en la luminosa mañana; yo en la lóbrega noche; tú te quedas con tu juventud; y yo me voy con mi véjex prematura.

¿Sabes qué deseo? Que con el calor del ala maternal, saigas, por muchos años, festiva y alegre, á correr por los campos que rodean tu blanca casita de Ciudad Vieja: que tengas espontáneas risas y sonrisas; que halles quien te ame y te comprenda; y que Dios derrame sus bendiciones sobre tu cabecita de ángel,

sobre aquel que elijas por compañero de tu vida, y sobre tus buenos padres, que, no lo olvides, son tu providencia aquí en la tierra. ¡Oh María! ¡oh María!

Extraño á rencillas, á odios y ambiciones, que lucen como el oropel, dejaré en breve esta tierra muy amada, para volver á mi nativo pueblo. Cercano á mi cuna quiero que esté mi sepulcro. Hay por allá, cerca de mi pueblo, un cerro elevadísimo, dominante, de hermosa figura, azul, muy azul, y le llaman *Cerro de Hule*. Desde su cima se ven las blancas y apiñadas nubes que forman los vapores del Mar Pacífico, que lleva sus salobres aguas al bello Golfo de Fonseca; y se ve también la pequeña ciudad, nido de genios y talentos, donde descansan mis mayores, durmiendo el sueño de que jamás despertarán.....

Voy á descansar en el cerro azul, muy azul. Pero ve si soy exigente. Te pido que de tus cipreses de tu casita blanca de Ciudad Vieja, me mandes una ramita; y cuida de que no llegue seca. La distancia es larga, muy larga. Para que llegue fresca te ruego que la humedezcas con una de tus lágrimas. Mas no; si la mandas, que llegue amarillenta y seca. No deseo que el llanto, ni por los tuyos, ni por tus amigos, empañe, alguna vez, el límpido cristal de tus divinos ojos.

¡Oh María! ¡oh María!

RAMÓN ROSA

De mis viejos sonetos

DUERME!

Oh niña de mis sueños! Cuando mueras mi corazón se quedará vacío, y esparciré por tu sepulcro frío las rosas de mis muertas primaveras.

De mayo las mañanas hehicieras me harán pensar en tu destino impío... Duerme en paz, te diré. Duerme, amor mío, bajo las frías lluvias tempranas.

Y evocaré tu angélica figura durmiendo en la callada sepultura como la imagen de la eterna calma ...

Menos pálida, sí, menos doliente, que como dormirás eternamente en el sepulcro lóbrego de mi alma!

FUGITIVA

Oye la voz de mi profundo duelo: una virgen de pálida belleza

en una noche de inmortal tristeza
surgió de mi alma en el obscuro ciclo.

Espíritu de luz, en raudo vuelo
acaricié un instante mi cabeza,
dejándome un aroma de pureza
y la nostalgia de un ardiente anhelo.

Oh divina visión irresistible!
Desde que vi tu encanto misterioso
un infinito tedio me consume.

Si tu amor en la tierra es imposible,
yo amaré tu recuerdo luminoso
y moriré aspirando tu perfume.

LAS NUBES

Las nubes con sus formas caprichosas,
revolando impelidas por el viento,
me hicieron meditar por un momento
en la efímera vida de las cosas.

Al cambiar sus figuras vaporosas
al empuje del raudo movimiento,
las creyó el visionario pensamiento
alas de gigantescas mariposas.

Ora figen tropel de extraños seres,
siluetas de fantásticas mujeres,
ó visiones de un mágico espejismo;

Pórticos de palacios imperiales,
ó naufragos bajeles espectrales
errando en la locura del abismo.

FRUHLÁN TURCIOS

NOTAS

Agradeceríamos—

A las revistas y periódicos con quienes tenemos establecido el canje, reproducirán los sumarios de nuestra publicación.

Arciniegas.—

Nuestro amigo, el distinguido poeta colombiano Ismael Enrique Arciniegas, desempeña en la actualidad el honroso cargo de Secretario de la Legación de su patria en Chile.

De Victor Hugo.—

Las miradas de las mujeres se parecen á ciertos rodajes, tranquilos en la apariencia, pero formidables. Pasamos á su lado todos los días, quieta é impunemente, y sin sospechar nada. Llega un momento en que hasta olvidamos que aquello está allí. Se va, se viene, se sueña, se habla, se ríe. De pronto nos sentimos cogidos: todo acabó. La rueda nos detiene; la mirada nos ha preso.

Nos ha preso, no importa por dónde, ni cómo; por una parte cualquiera de nuestro pensamiento que vaga sin objeto; por una distracción que hemos tenido: estamos perdidos. Pasaremos completamente por toda la máquina; se apodera de nosotros un encadenamiento de fuerzas misteriosas, y en vano luchamos; no

hay socorro humano posible. Vamos á caer de engranaje en engranaje, de angustia en angustia, de tortura en tortura; nosotros, nuestra imaginación, nuestra fortuna, nuestro porvenir, nuestra alma: y, según que nos hallemos en poder de una criatura malvada ó de un noble corazón, no saldremos de esa espantosa máquina sino desfigurados por la vergüenza ó transfigurados por la pasión.

DE VARIAS REVISTAS

Teatros.—

El teatro de la ópera de Francfort costó 12 millones de francos, el de Viena 18 y el de París 30. El palco escénico de este último tiene 28 metros de largo por 32 de ancho. Siendo su superficie de 896 metros cuadrados, resulta que es la mayor entre todos los teatros del mundo. La obra que produce más á la OPERA de París, es el FAUSTO, la cual se representa 30 veces al año.

Hoy el primer bajo de la OPERA gana 90.000 francos al año y 150.000 el primer tenor.

París posee veintitrés teatros.

Biblioteca del Vaticano.—

Después de la Capilla Sixtina, de las Logias de Rafael y de los Museos de Pintura y de Escultura, lo que más llama la atención en el Vaticano es la Biblioteca. Posee la más rica colección de manuscritos que en Europa existe, rarezas bibliográficas de incalculable valor y códices escritos en lenguas que sólo entienden muy pocos sabios: todo lo cual al lado de antigüedades cristianas y joyas de esplendor inefable.

Taine, al salir del Vaticano, exclama: 'es el mayor tesoro de escultura que hay en el mundo.'

Obras de Montalvo.—

El señor don Roberto Andrade, tan ventajosamente conocido en los círculos literarios del Ecuador, ha recibido del General Plaza, Presidente de aquella República, el honroso encargo de publicar en Barcelona las obras completas del célebre escritor y filósofo don Juan Montalvo.

La diva Sada Yacco.—

Es una hermosa pálida de ojos tiernos y la más bella y completa expresión del arte teatral del Japón.

Heroína del dolor, Sada Yacco declama por morir, esto es, por mostrar la muerte; es el único momento grandioso que tiene la curiosa actriz en su arte profundamente exótico.